



XI Jornadas de Economía Crítica

La importancia de las identidades sociales en la sostenibilidad urbana a través de un estudio de caso

Marcelo Segales Kirzner
Instituto de Desarrollo Regional (IDR)
Universidad de Sevilla

1. Introducción: la economía ecológica y la sostenibilidad

Según la economía ecológica, el sistema económico es considerado como un flujo entrópico de energía y materiales y no como una corriente circular continua entre producción y consumo sin conexión con la naturaleza. Así, la mayor parte de sus análisis nos informan sobre la cualidad física de los procesos económicos y su evidente influencia sobre los ecosistemas.

Sin embargo, más que proclamarse como un nuevo modo de aproximarse al estudio de lo económico (que quizás podría interpretarse como la economía ambiental), la economía ecológica pretende separarse, en muchos de sus puntos, con la tradición del pensamiento económico (y científico en general) forjado en los siglos XVIII y XIX y basado en el reduccionismo y la parcelación del pensamiento, bajo el impulso de un determinado marco social y satisfaciendo unas determinados intereses económicos y políticos. Para ello, se vale de la noción de límite precisando que todo acto que el ser humano lleve a cabo sobre el planeta tiene un efecto, y que es fundamental atender la naturaleza física de los bienes a gestionar y “la lógica de los sistemas que los envuelven” (Aguilera Klink, 1996).

A partir de aquí, nos interesaremos por situar la sostenibilidad en el marco que la economía ecológica pretende otorgarle, desde sus herramientas, y aplicado al análisis del fenómeno urbano.

En general, el fenómeno de la sostenibilidad se asocia fundamentalmente a cuestiones de índole físico. En realidad, este concepto sirve de heurístico importante para distinguir los objetos de estudio de la economía denominada “convencional” y la ecológica. En este sentido, la economía dibujo el contorno de sus objetos sobre la base de tres características: son apropiables, valorables y productibles. Su universo, por tanto, es el del valor, y por ello se considera crematística y no verdaderamente económica, etimológicamente hablando. Y por

tanto la sostenibilidad se asegura de una manera sencilla, siguiendo la regla de Solow, esto es, dada la sustituibilidad perfecta entre naturaleza y capital, conservando un nivel agregado de "capital natural" más "capital manufacturado" adecuado pero sin que exista necesariamente "naturaleza". Esto se conoce como "sostenibilidad débil" o "muy débil".

En cambio, para la economía ecológica, no existe sustituibilidad entre naturaleza y capital, por lo que la sostenibilidad de un ecosistema dependerá del correcto abastecimiento de recursos y de la destrucción de residuos y de las posibilidades de controlar las pérdidas de calidad interna que afecten a su funcionamiento.

Así, el concepto de "sostenibilidad fuerte" al que se ha aludido, y que implica, entre otras cosas, el principio de precaución y una valoración económica en función del coste de reposición y no del de extracción, declara beber de las fuentes de dos importantes ciencias: la física (en términos de termodinámica) y la ecología. Para ambas, el deterioro es un fenómeno inevitable y, en numerosos aspectos, el impacto de las actividades humanas sobre los ecosistemas es irreversible. Incluso, la mejora en el deterioro entrópico sólo puede disminuir a costa de aumentarlo en otras zonas del planeta.

Sin embargo, más que un ecosistema, la ciudad es un sistema socio-ecológico. Por tanto, el fenómeno de la sostenibilidad es social y no meramente físico. La idea fundamental del texto señalará que la persistencia en el apego a un concepto fundamentalmente material de la sostenibilidad ha ocultado la importancia del análisis de aspectos no materiales del mismo.

Esto se hace especialmente patente cuando se analiza la sostenibilidad del fenómeno urbano. Según este prisma, el objetivo de un sistema urbano sostenible puede ser definido como cerrar los ciclos de materiales y apoyarse en la energía solar para minimizar su entropía (Vázquez Espí, 1998). Sin embargo, la ciudad es una voraz devoradora de recursos y generadora de cantidades ingentes de desechos, por lo que es fundamental, para la economía ecológica, poseer un sistema de información eficiente sobre el funcionamiento físico de la ciudad, dando cuenta de su metabolismo.

A este sistema de información debe sumarse, por una parte, una Administración Pública que gestione adecuadamente esta información con el fin de alcanzar unos objetivos mínimos de paliamiento de la actual insostenibilidad, y, por otro lado, la generación de procesos participativos que aspiren a "cuidar la calidad interna del sistema urbano" (Naredo, 2002). En este caso, la "participación" es tratada como un ingrediente, más que como una fuente o un origen en el paliamiento de la insostenibilidad.

2. La complejidad urbana y la sostenibilidad "desde abajo"

El objetivo de este texto es señalar que la cuestión fundamental para entender el desarrollo de procesos de sostenibilidad en el marco de las ciudades contemporáneas debe abordarse desde marcos conceptuales que complementen los que desarrolla más frecuentemente la economía ecológica.

En este sentido, los economistas ecológicos no se han centrado en el estudio de los factores relacionados con la sostenibilidad vinculados a la capacidad de los ciudadanos de generar procesos de sostenibilidad concretos, sino en el impacto físico de los procesos económicos (producción, consumo, diseño de las ciudades, etc.). Esta tarea, dejada en manos de sociólogos y antropólogos urbanos, carece, en buena medida, del rigor analítico con que la economía ecológica ve el proceso de sostenimiento del planeta. Esta cierta falta de interés por abordar las experiencias subjetivas de las personas en relación con sus entornos (sobre todo cuando son construidos) es quizás una de sus principales carencias. En este sentido, es urgente abordar los procesos de sostenibilidad desde los ámbitos microsociales y mediante definiciones de sostenibilidad “desde abajo”, que complementen la “ecología de los grandes números” que adopta como paradigma la economía ecológica.

De este modo, una sostenibilidad “desde abajo” (Jiménez-Domínguez y López Aguilar, 1997) tendría como punto fundamental la idea de que los habitantes de las ciudades cuidarán de la sostenibilidad de su entorno urbano si se identifican con los lugares en donde habitan. Aquí se planteará que el desarrollo identitario a nivel endogrupal en una comunidad facilita el desarrollo de procesos de sostenibilidad. Por tanto, uno de los modos de activar procesos colectivos que desemboquen en situaciones que palien la insostenibilidad de los procesos urbanos es desarrollar marcos desde los que organizar acciones colectivas que contribuyan, desde sus propias realidades, a hacer una ciudad más sostenible.

En este sentido, existe un concepto que algunos economistas ecológicos, pero también miembros de otras disciplinas, utilizan para referirse al hecho de que determinadas ciudades o zonas de la ciudad puedan convertirse en lugares sostenibles: su complejidad.

Así, los economistas ecológicos estudian la complejidad como la organización urbana que, partiendo de un determinado nivel de energía y materiales, pueda maximizar la recuperación de entropía en términos de información. Precisamente, una ciudad se vuelve compleja cuando logra incrementar los contactos entre las personas, el intercambio, la comunicación, las relaciones, organizándose en torno a estos valores, y proyectándolos en el diseño, por ejemplo, de sus calles, plazas, y, en general, de su espacio público. Por ejemplo, la ciudad compacta mediterránea se suele exponer como ejemplo de ciudad diseñada en torno a la habitabilidad de sus barrios y a su potencialidad en el intercambio de información, cohesión social y madurez (Rueda, 2003). Aprovecha mejor sus recursos para hacer más compleja la ciudad, ya que, por ejemplo, la energía dedicada a la movilidad disminuye para dar paso a una mayor accesibilidad, sus funciones no están radicalmente separadas, etc.

Por ello, el nexo entre economía ecológica y sostenibilidad urbana parece ser, aparte del estudio del ámbito físico de la ciudad, la cuestión de la complejidad. Sin embargo, se trata de visiones aún demasiado apegadas al modelo físico/ecológico del fenómeno urbano. Se tiene claro que lo que significa la complejidad y sus efectos territoriales sobre la morfología urbana pero sus análisis suelen quedarse en la mera descripción de tipos ideales sin profundizar en lo concreto.

3. La apropiación urbana y la creación de identidades sociales urbanas

Abocados al estudio de los “grandes números” de los ecosistemas, los economistas ecológicos han eludido, en buena medida, determinados aspectos urbanos. Con esto no se pretende achacar una falta de sensibilidad social al estudio de lo ecológico: por el contrario, sus análisis están salpicados de un componente social que impregna cada uno de sus abigarrados análisis. Sin embargo, la mayor parte de la literatura de la economía ecológica se ha visto implicada en un discurso que gravita sobre dos ejes, y en donde el hecho de que su discurso se remita a la ciudad no hace que modifique demasiado sus pretensiones.

Así, en primer lugar, el discurso de la economía ecológica plantea la insostenibilidad como un fenómeno fundamentalmente físico que, en todo caso, se asocia a conductas macrosociales con múltiples causas. Esto provoca que los modelos de lo que es sostenible se encuentren, casi siempre, fuera del ámbito humano, y correspondan a ecosistemas no sociales. Y provoca, asimismo, que sus análisis sobre la complejidad urbana incidan casi siempre sobre las funciones o formas urbanas y no tanto en procesos de apropiación o identificación social urbana concretos como fuentes de la sostenibilidad.

En segundo lugar, y relacionado con el fenómeno específicamente urbano, existe una determinada visión del fenómeno urbano, fruto, en parte, de esa asociación entre sostenibilidad e impacto físico de las actividades humanas. Se percibe, de este modo, un pesimismo o mala fama “wirthiana” de la calidad de vida en la ciudad (Corraliza, 2000): anomia, impersonalización de los espacios ciudadanos, individualismo extremo, imposibilidad de control de la propia vida, falta de referentes visuales, rigidez, menor intensidad relacional, entre otros, pintan un panorama claramente negativo en relación con la complejidad de la ciudad. La urbanización de la conciencia (Harvey, 1990) debe suponer, en todo caso, el análisis de cómo la modernidad toma forma en los lugares concretos sobre la base de la interacción entre los individuos y grupos y no solamente su impacto.

Sin embargo, científicos de otras disciplinas sociales, tales como la psicología ambiental o la antropología urbana, están redescubriendo un conjunto de fenómenos que complementan los estudiados desde la economía ecológica y que están haciendo que la lente con la que se ven los procesos urbanos pueda divergir de aquella que proponen, frecuentemente, sus análisis.

En este sentido, si se entiende la economía como la disciplina que contribuye a la adecuada administración y gestión de aquello que nos permitirá sobrevivir como grupo social a la vez que como especie sobre el planeta, la idea fundamental que se pretende expresar es que su supervivencia dependerá de cómo los procesos de apropiación identitaria de aquello que queremos conservar se conforman y se orientan hacia patrones de racionamento respetuosos con nuestro entorno. Así, se debe penetrar en la madeja psicosocial que los determina, pues si no sentimos que formamos parte de un grupo y compartimos sus valores y sus creencias, no podremos sobrevivir. Sin embargo, el estudio de la insostenibilidad urbana

suele pasar por alto los fenómenos de apropiación simbólica, que en muchas ocasiones permiten ajustar las necesidades humanas construyendo entornos respetuosos con los ciclos naturales.

Alguacil (2000) señala que la calidad de vida urbana, que no es más que la “calidad interna” de las ciudades, es una práctica construida por el grupo social e influida por su relación con el territorio. Pero no se trata de un territorio exento de historia, sino construido por el ser humano, a medio camino entre lo social y lo individual. Por ello, podría afirmarse que para que una ciudad se configure como un ecosistema socio-ecológico sostenible, deben estudiarse los tres aspectos que lo componen: lo físico, lo social y lo emocional/identitario. La sostenibilidad abordada desde la economía ecológica se centra, fundamentalmente, en los dos primeros, pero no presta suficiente importancia a los procesos de identificación social urbana y al proceso de apropiación del espacio que implica el aspecto emocional. La sostenibilidad, desde el punto de vista de la calidad de vida urbana, tiene entonces una triple lógica de elementos que se complementan, relacionada con esos componentes psicosociales que se alejan de las analogías propias de los modelos de ecología y termodinámica que remiten a lo meramente físico.

Por tanto, aquí se sostiene que es imposible entender los procesos físicos que se vinculan a lo “sostenible” sin atender a los procesos identitarios que los corporeizan. No estamos tratando con meros componentes bióticos, sino con seres humanos que piensan, sienten y actúan en función, en buena medida, de sus emociones.

La economía ecológica, tan atenta a la decadencia de la complejidad de las ciudades, y a la pérdida de calidad de vida de las mismas, ha confiado poco en el estudio de los procesos de apropiación simbólica y en las “zonas grises” que las ciudades encierran bajo la, por cierto, evidente insostenibilidad de sus estructuras. Es como si esta corriente hubiera construido un macromodelo explicativo que deja sin estudiar, o como meras anomalías, determinados fenómenos. Uno de ellos es lo que llamaremos el “redescubrimiento de las comunidades” (Cucó, 2004), es decir, el reconocimiento de que las ciudades poseen múltiples caras y que acercando la lente a su funcionamiento es posible descubrir que esa ciudad, víctima de los procesos de globalización, es capaz de ofrecer ámbitos híbridos, espacios intermedios, zonas grises, lugares de “reflexividad nativa” (Cruces, 2007) que no encajan en una interpretación “wirthiana” de la vida en la ciudad.

En este sentido, los economistas ecológicos tienen especial devoción por los análisis del impacto de la modernidad en el diseño de las ciudades. Conceptos como el de “no-lugar”, “desterritorialización”, “zonificación”, “espacios de uso único”, “ciudad-fortaleza”, entre otros, impregnan sus textos de tal forma que la globalización parece que ha irrumpido en la ciudad de forma monolítica, arrasando sus antiguas formas, y derivando procesos de desarticulación social tan irreversibles como los que se producen en su impacto sobre su medio.

Sin embargo, los científicos sociales han descubierto que, a la vez, estos procesos se articulan, se nutren y toman forma en ciudades concretas, en barrios determinados, en lugares

señalados. Existe rearticulaciones particulares de lo local, bajo múltiples formas, y no esa uniformidad proclamada en el ámbito macrosocial, o bajo la lupa “de los grandes números”. Hay, como señala Cruces, una dialéctica entre la modernidad y el lugar, que permea, da forma, dibuja, contornos diferentes en cada caso, pero siempre híbridos e inscritos en la práctica cotidiana de los agentes. En este sentido, “las reconversiones de la localidad distan de ser un efecto mecánico de tendencias globales” y el “lugar” no es tan fantasmagórico o fugaz como nos advierten Giddens y Augé, entre otros.

Por ejemplo, es evidente que un tipo de ciudad adquiere forma bajo un tipo de urbanización y un tipo de edificación. Pero si se observa esto a pequeña escala, podrá uno darse cuenta de que no siempre los procesos globales desembocan en los mismos efectos. No existe una irreversibilidad social y el Parque Miraflores es un caso muy significativo.

4. Las mujeres, la identidad social urbana y la calidad de vida en las ciudades

Bajo el título de “redescubrimiento de las comunidades” es como numerosos autores (entre ellos la mencionada Josepa Cucó Giner, Firmino Da Costa, entre otros) de diversos campos de los estudios urbanos han denominado el resurgimiento del interés por el estudio de lo microsocioal. En este sentido, este proceso se enmarca en el propio redescubrimiento de la importancia de las redes sociales y nuevos desarrollos teóricos sobre los movimientos sociales que, en la ciudad, toman cuerpo, frecuentemente, en los fuertes vínculos comunitarios a los que se alude.

En general, la pertenencia a una comunidad, como se verá en el caso analizado más adelante, se basa en una interacción cotidiana y de larga duración que tiene que ver, sobre todo, con factores espaciales y generacionales, con la existencia de redes interpersonales y con un conjunto de preocupaciones comunes y de actividades que las desarrollan. De esta forma, las tres cuestiones pueden desembocar en la construcción de un proceso de identificación social o un marco de realidad.

En ese sentido, estudiosos de la antropología urbana y de la psicología ambiental han analizado la formación de identidades sociales asociadas a determinados barrios de las ciudades, en donde el territorio construido se convierte en referente espacial (se transforma en “lugar”), configurándose como un cuadro complejo, en el sentido que antes dábamos al término, no aislado del resto de la ciudad, pero a la vez en una categoría simbólica de referencia social identitaria. Es, en todo caso, un proceso cultural y educativo complejo, profundamente social, y que no puede soslayarse en el estudio de la sostenibilidad urbana.

Por último, el estudio de estas comunidades o “sociedades de barrio” (Cuco, 2004), revela la fuerte presencia de prácticas de vecinazgo, amistad, asociativas y familiares. La vida social no ha llevado necesariamente a un “empobrecimiento” de las relaciones comunitarias en las modernas ciudades, sino que más bien las relaciones se han difuminado configurándose en un solo gran campo (Hannerz, 1999). En este caso, la malla urbana no es una prisión que anula

toda diferencia o una cárcel para sus habitantes sino que, más allá de la uniformidad, se dan procesos de reflexividad nativa, superponiéndose la casa, la calle y el barrio. Esto ha sido así, en buena medida, gracias a que se ha producido un proceso de “domesticación” del barrio, en donde la mujer ha tomado un enorme protagonismo (Wellman, 1999).

Por lo tanto, el estudio de caso tendrá en cuenta dos cuestiones fundamentales:

1. Que, como se ha señalado anteriormente, el estudio de los procesos de sostenibilidad debe fundamentarse en el análisis de procesos de identificación social urbana concretos.
2. Que, inextricablemente vinculado con lo anterior, las mujeres, dada su socialización, han sido capaces de dar respuestas diferenciales a las luchas por la sostenibilidad, entendida en sentido amplio, a través de la construcción de procesos de identificación social urbana en sus comunidades.

En cuanto a lo primero, se evidencia en que la sostenibilidad “vista desde abajo” abarca fenómenos que tienen que ver con cómo las personas valoran y asocian determinadas creencias a los “lugares” que habitan. Esta perspectiva toma en cuenta, por tanto, no solo actos de producción y consumo, sino también de generación de símbolos que se construyen en la interacción social y en el nivel cotidiano de la vida de los ciudadanos. Por tanto, incorpora como elemento fundamental la percepción de la vulnerabilidad, más que de la insostenibilidad. Esto corporeiza el concepto, lo enraiza en la historia de una comunidad pero le añade otros elementos, ya mencionados: el bienestar emocional y la cohesión social e identidad. Si bien para alcanzar la sostenibilidad es necesaria la existencia de determinados mínimos de bienestar físico, éste no es una condición suficiente. Como señala una vecina de Sevilla, refiriéndose a la búsqueda de una zona verde en su barrio:

“No era ya una zona verde, primeramente era una falta de identidad. El barrio de por sí no es malo, la falta de un parque tampoco es tan fuerte como en el centro. Hay plazoleta, no pasan coches. Hay barrios peores... . Era falta de identidad. Era una manera de buscar nuestra propia identidad. Yo he visto pintada “república independiente de Pino Montano”, como los trianeros (otro barrio de Sevilla con una fuerte integración simbólica). Entonces nos encontramos con un proyecto de parque en donde podemos escribir nuestra propia historia” (CL, vecina y activista del Comité Pro Parque Miraflores).

Por otra parte, las diversas aproximaciones realizadas desde ámbitos tan diferentes como la economía, la sociología o la geografía, han dado como resultado un patrón que muestra, con claroscuros, la presencia de mujeres, de forma individual y colectiva, dentro de los espacios locales, siempre asociados a la calidad de vida de sus comunidades¹. No obstante sus

¹ Brú (1996). No se afirma aquí de ningún modo que este sea su espacio “natural”, pues no se defiende aquí un enfoque esencialista del género. Más bien se sostiene que la cultura patriarcal define la masculinidad y la femineidad como opuestos, y se obliga a que hombres y mujeres nos adaptemos a ellos, desarrollando ciertas características. Si eso se ha somatizado o no es una cuestión que excede este texto, aunque debe decirse que ello no implica jamás la “naturalización” de la dominación masculina.

ambivalencias, para muchas mujeres, la participación en el ámbito local ha supuesto romper el cerco del encierro doméstico y la adquisición de moral y autoestima, así como capacidad de decisión y empoderamiento, aunque esta participación tenga más que ver con una obligación por necesidad que con un elemento que ellas elijan.

Según Massolo (2002), la participación de las mujeres en el espacio local se produce debido a que, debido a los roles de género impuestos por el patriarcado, se encuentran más familiarizadas y despliegan sus habilidades de un modo más eficaz, contribuyendo al mejoramiento de la calidad de vida de sus familias y comunidades, domesticando los espacios públicos, apropiándolos y consiguiendo mezclas y acercamiento de usos. Para ello, sus actuaciones se desarrollan sobre la base de la lucha por determinados espacios puente o espacios intermedios, fundamentales como lugares de tránsito y encuentro, multifuncionales, que siguen formas abiertas y flexibles. Esta identificación entre lo local, lo colectivo y el género, está expresada magistralmente por una vecina de Sevilla, cuando se pregunta:

“¿Por qué se movilizan las mujeres? Las mujeres vivimos el barrio como un apéndice de casa y si hay un problema en el barrio lo vivimos como si hay un problema en casa. Las mujeres nos damos cuenta de que hacían falta colegios. Tú no tienes colegios para llevar a tu hija, yo no tengo colegios para llevar a mi hija, entonces vemos que hay problemas individuales que son problemas colectivos, entonces hay que darle una solución colectiva, y somos las que nos organizamos y las que empezamos a ir en manifestación con los niños, porque, entre otras cosas, los hombres estaban trabajando y las mujeres eran las que vivían más la casa” (CL, vecina y activista del Comité Pro Parque Educativo Miraflores).

Esta proyección pública de lo doméstico por parte de las mujeres es especialmente importante en referencia a estos espacios intermedios. Se definen porque no deben generar recursos monetarios a medio plazo, son de propiedad colectiva, se distribuyen homogéneamente sobre la ciudad y, fundamentalmente, se constituyen en soportes de los nuevos nudos de redes sociales emergentes, siendo los únicos elementos que pueden contribuir a hacer frente a una crisis, debido a su flexibilidad y a que responden como ninguno a las necesidades de las personas. Este es el caso, como se verá, del Parque Miraflores. Lo que aquí se viene a afirmar es, entonces, que un fuerte sentimiento de identidad social comunitaria hace que el horizonte de sostenibilidad sea potencialmente más viable, y el lugar actúa como referente de significado a través de su apropiación individual y colectiva.

Sin embargo, esta proyección femenina no debe ocultar que estos procesos continúan impregnados de las desigualdades de género existentes en el resto de espacios de la ciudad (hogar, empresa, calle, centro deportivo, comercio, iglesia, etc.). En este sentido, como apunta Vega (1996), las expresiones “hombre de la calle” y “mujer de la calle” connotan significados diferentes, cargados de profundos estereotipos de género². Sin embargo, la misma autora reafirma lo señalado por Massolo cuando señala que lo cercano es el ámbito donde las

² Lo cual reafirma lo señalado por Bourdieu en el sentido de que el hombre es presencia en el espacio y la mujer es insignificancia, o al menos ocultación.

mujeres desarrollan con más eficacia sus habilidades, tanto por su utilización intensiva como por la propia percepción femenina del espacio, siendo esta cuestión fundamental, ya que, según Sabaté (1995), el establecimiento de las áreas que frecuentamos depende en parte de las imágenes que nos hemos formado previamente del espacio que nos rodea. En general, y complementando lo señalado desde la psicología ambiental, las mujeres muestran unos “barrios vividos” más reducidos, una descripción verbal del espacio más profunda y detallada que los hombres, e invierten más tiempo en recorrer la misma distancia (eludiendo espacios inseguros), mientras los hombres poseen una mejor capacidad de orientación y visualización espacial, ampliándose las diferencias con la edad, lo que se relaciona, evidentemente, con la construcción de los géneros y los roles impuestos.

Asimismo, el uso que de los espacios intermedios realizan mujeres y hombres y las consecuencias que las políticas urbanas tienen sobre cada uno es muy diferente. Como se ha demostrado, estos espacios son frecuentados en mayor medida por mujeres, especialmente si se analiza su uso diario. En general, la utilización que realizan los hombres se equipara en aquellas frecuencias más largas. Esta cuestión viene condicionada por la actividad fundamental que realizan hombres y mujeres en estos espacios. Su uso por parte de las mujeres convierten más eficazmente a la ciudad en un “lugar, o en una “trama de lugares”, en donde los espacios intermedios juegan el papel de lugares restauradores (Corraliza, 2000) que no solamente paliar el estrés urbano, sino que también dan sentido a sus vidas, constituyéndose en hitos urbanos de cohesión social e identitaria, y, por tanto, contribuyendo a la sostenibilidad de la ciudad.

5. El caso del Parque Miraflores (Sevilla)

A partir de ahora el análisis se centrará en la investigación sobre la experiencia de la construcción del Parque Miraflores en Sevilla como ejemplo de generación de un proceso de identificación social urbana que contribuye a paliar la insostenibilidad de la ciudad de Sevilla. Esta investigación se realizó gracias a numerosas visitas de campo, la celebración de 14 entrevistas en profundidad y un gran apoyo documental.

El Parque Miraflores es, actualmente, el mayor parque de la ciudad (86 hectáreas). Acoge toda una serie de elementos y rasgos de gran riqueza natural e histórica. Se ubica en la zona norte de la ciudad de Sevilla (700.000 habitantes), de carácter tradicionalmente agrícola, que abastecía a la ciudad de alimentos y agua, y posteriormente de gran tradición obrera.

Actualmente, nueve barrios componen la zona de influencia del parque, los cuales se organizan alrededor de su perímetro. La actual delimitación de la zona del parque se produjo, mediante la construcción, durante fines de los años 60 y hasta mediados de los 80, de paquetes de promociones residenciales e industriales que, apoyándose en los caminos existentes, expandieron la ciudad hacia el norte. Desde el punto de vista demográfico, en los barrios que se han identificado como la zona de influencia del parque, se han registrado un

total de 51.905 personas³, con un elevado componente juvenil. La mayor parte de la población es nacida en Sevilla. Asimismo, se constata el bajo nivel de instrucción que suelen padecer este tipo de barrios periféricos. Asimismo, por ser barrios con escasas salidas laborales (el 25% de las personas activas se encuentran desempleadas), se detectan ciertos niveles de marginalización de la juventud.

Por último, también hay que afirmar que, tanto antes como ahora, los barrios colindantes con el Parque Miraflores se han caracterizado por tener una mayor presencia de una red asociativa y vecinal que otras zonas de la ciudad, especialmente San Diego y Pino Montano, motores de la construcción del parque.

Varias son las claves para comprender las condiciones a partir de las cuales se han venido dando los procesos de interacción entre los vecinos. En primer lugar, como señala la mayor parte de los entrevistados, las personas que fueron ocupando los barrios mencionados procedían, fundamentalmente, de dos orígenes: barrios situados en el centro de Sevilla pero cuyas condiciones de vida se encarecían; y, ciudades medias y pueblos del interior de Andalucía Occidental. La memoria común de una cultura de puertas abiertas fue uno de los factores de cohesión más importantes de estos barrios.

En segundo lugar, la trayectoria vital de las personas que se mudaron a los barrios en cuestión ha sido, quizás, el factor que, subjetivamente, mayor peso haya tenido para explicar los procesos de cohesión e identificación social urbana en estas zonas. De este modo, la mayor parte de los vecinos de los nuevos barrios se encontraban en una situación vital similar, recién casados e independizados de sus padres, en una edad comprendida entre 20 y 30 años. Esta cuestión dotó a la participación en la lucha por la mejora del bienestar colectivo de una impronta de “construir el barrio desde abajo” a la vez que se levantaba el hogar, en donde el peso de las mujeres era, y continúa siendo, fundamental, y diferencial respecto del hombre. Se produjo, entonces, un fuerte sentimiento de cohesión y solidaridad femenina que fue más allá de la mera reivindicación social, nutriéndose de sentimientos específicamente femeninos.

En tercer lugar, el origen socioeconómico de las personas que se mudaron a los barrios en cuestión también fue un importante factor de cohesión social e integración simbólica. Barrios con una escasa conectividad respecto del resto de la ciudad, con limitadas dotaciones, etc., sólo podían ser habitados por personas de origen humilde, trabajador y con pocos recursos. Buena parte de los hombres se encontraba sindicalizado, lo que contribuyó a que tuvieran un gran conocimiento de los mecanismos necesarios para reivindicar sus derechos a nivel laboral, lo que produjo un importante trasvase de ideas hacia la lucha más específicamente vecinal.

Por tanto, y según señalaba una vecina:

“La población de Pino Montano era gente joven, gente de una población venida de pueblo, o bien, venida del casco antiguo de Sevilla, de la zona trabajadora, los barrios de San Román,

³ La mitad de éstas correspondientes al barrio de Pino Montano, barrio-ciudad, según la terminología de Hernández Aja (2000).

San Julián, San Gil. Gente de clase trabajadora y con una manera diferente de vivir, con una cultura propia, una cultura de puertas abiertas, al igual que la gente que provenía de los pueblos, que venían a Sevilla en busca de trabajo. La gente que venía de Sevilla era gente que no podía comprarse pisos en la zona del Distrito Macarena cercano o dentro de la muralla, y se compran los pisos en Pino Montano". (CL, vecina, trabajadora y activista del Comité Pro Parque)

En cuarto lugar, se trataba de barrios cuya construcción obedeció, como antes se apuntó, a un urbanismo salvaje y carecieron de elementales servicios, como el caso del transporte, y, especialmente, equipamientos educativos.

En quinto lugar, el especial momento político que se vivió en España a partir de la muerte de Franco y, posteriormente, la asunción de los primeros Ayuntamientos democráticos influyó de manera decisiva. En este sentido, un ciclo político favorable alimentó un conjunto de reivindicaciones que tenían como epicentro unas condiciones objetivas, pero que se plasmaron, en buena medida, gracias al impulso de la democratización de los resortes institucionales. Esto dio, como es obvio, cabida a muchas de las protestas que antes habían estado reprimidas.

En resumen, y como señala un vecino y activista del Comité Pro Parque, refiriéndose al nacimiento del movimiento asociativo que canalizó las reivindicaciones por el parque, como más adelante se verá:

"...en los últimos 60 y primeros 70 hay un *boom* de construcción muy importante, y como fruto de un momento especial en España (son los primeros Ayuntamientos democráticos), hay una cierta efervescencia de la participación ciudadana, la gente se viene a vivir a unos barrios en los que las condiciones de vida no son las más adecuadas... Entonces, en ese momento de grandes carencias pero también de grandes ilusiones a nivel colectivo con la recién estrenada democracia se organizan, no de forma espontánea, porque hay detrás gente que viene del movimiento sindical y del movimiento político muy fuerte, se organizan en los barrios las reivindicaciones... Entonces, esas reivindicaciones son tan evidentes, y además la respuesta es tan masiva que tienen éxito, y el éxito lleva a más reivindicaciones." (JAV, vecino y activista del Comité Pro Parque).

6. El Comité Pro Parque Educativo: el centro de adultos y la etapa investigativa

En este contexto, las actuaciones de los vecinos en torno a la creación del Parque Miraflores en la zona descrita, puede estudiarse teniendo en cuenta: el proceso de interacción social protagonizado por los vecinos organizados en torno al Comité Pro Parque Educativo, y; el proyecto del parque en sí, aún en marcha, que ha pretendido crear un lugar de transición entre el campo y la ciudad que además sea un parque educativo y cultural. Su recuperación va paralela a la construcción de señas de identidad necesarias para un territorio que no las tiene. El parque pasó así de ser un espacio (vacío, sin identidad) a ser un lugar.

Así, para el estudio del Comité ha sido de fundamental apoyo los numerosos textos de Carmona (2004), Ortíz (1996), etc. En primer lugar, debe decirse que el Comité Pro Parque Educativo Miraflores es una asociación cultural y ecologista que se crea en torno a los primeros años de la década de 1980 y cuyo principal objetivo fue la construcción de un gran espacio educativo, el Parque Miraflores, atendiendo a las necesidades de convivencia y participación de los vecinos, contribuyendo a alimentar procesos identitarios en torno a su construcción, uso y disfrute. Para conseguirlo, el Comité ha participado en su diseño, construcción y gestión, siendo el parque su lugar de representación clave, su plasmación espacial.

Para ello, las líneas de actuación fundamentales del Comité Pro Parque fueron: (Vázquez, 1998): reivindicar junto con otras personas y entidades de los barrios para que la Administración asuma las propuestas de los vecinos sobre su entorno; informar a los vecinos de las posibilidades, proyectos, problemas, etc. que fueran surgiendo en relación con su entorno; investigar acerca de la historia, patrimonio cultural, etc., todo lo que da carácter al sitio en el que viven y se identifican los habitantes de la zona de influencia del parque, y plantear proyectos y desarrollarlos.

En este sentido, Carmona (2004) ha dividido en tres fases las actuaciones del Comité. La primera fase fue denominada investigativa, pues estuvo centrada en la búsqueda e investigación, por los vecinos que en ese momento constituían el Comité, para conocer y comprender mejor su entorno, compuesto de terrenos baldíos recubiertos de escombros dejados tras la construcción de los inmuebles. Su comienzo no tiene una fecha concreta, pero una de las historias que pueden relatarse sobre el nacimiento de la lucha del Comité Pro Parque Educativo puede rastrearse hasta el comienzo de las reivindicaciones por la creación de un Centro de Educación de Adultos en Pino Montano. Para entender esta cuestión se debe retroceder hasta los primeros años 80. En ese momento, existía una gran masificación en los colegios y el principal problema percibido por los vecinos y vecinas de los barrios era la alta tasa de fracaso escolar. Esto es, la preocupación por el presente y futuro de los niños y futuros jóvenes de los barrios en cuestión fue el motor fundamental de la lucha que allí tenía lugar.

De este modo, la movilización que había conseguido determinados servicios públicos, también pudo convencer a las autoridades educativas para que se construyeran otros tantos colegios que pudieran albergar a la creciente población escolar. Pero como señalaba una profesora del futuro Centro de Educación de Adultos:

“Eran muchos los padres y madres jóvenes que se enfrentaban a la difícil tarea de educar a sus hijos y esa era una necesidad que se comentaba, sobre todo entre las madres que comenzaban a llevar a sus hijos a guarderías y escuelas de la barriada, que estaban a rebosar (Comunidad General de Propietarios de Pino Montano, 2001).

En este sentido, la preponderancia de las AMPA y de las mujeres que las integraban aseguraban una visión “femenina” de la lucha y la movilización, lo que coincide con una activista de una asociación de mujeres del barrio de Pino Montano, cuando señala que:

“La educación de los hijos siempre ha sido un tema de las madres, aunque en el AMPA figuraba el padre, pero a la hora de hablar con los profesores y moverse, eran las madres. Entonces era donde empezábamos a comunicarnos unas con otras, y ahí es donde nosotras empezamos, un poco, a movernos y ya casi el AMPA es de nosotras, ¿sabes lo que te digo?...” (MLM, vecina de Pino Montano).

Por ese entonces, algunos educadores del barrio, casi todos mujeres, comenzaron a asistir a jornadas y seminarios organizados en torno al Colectivo Andaluz de Pedagogía Popular, e influidos sobre todo por figuras provenientes del ámbito universitario. Así, se organizaron el Seminario Permanente de Escuela de Padres, y, en 1983, el Seminario de Ciencias Sociales cuyo objeto fue el análisis concreto de la zona norte de Sevilla, en donde se encontraban los barrios mencionados. Este dio inicio, por parte del grupo de vecinos mencionado de los barrios colindantes al parque, a la investigación educativa y patrimonial de la zona que posteriormente ha ocupado el Parque y a la organización, por parte de un total de nueve educadores, del proyecto de Escuela de Adultos.

Por tanto, y fruto de la lucha de las AMPA, y sobre la base del elevado fracaso escolar de las zonas, este grupo de educadores del barrio se embarca en dos luchas paralelas (la del centro y luego la del parque), pero con un fin común: la mejora del bienestar de los menores, los miembros más vulnerables del barrio. Así, se consiguió un Centro de Adultos gracias al que se intentó cerrar la brecha entre unos hijos con elevado fracaso escolar y unos padres (y especialmente madres, que eran las que casi exclusivamente se dedicaban a la educación de sus hijos) con escasísimo nivel educativo formal. Pero además, y esto es fundamental para el alcance de este texto, debería analizarse la creación del centro desde el punto de vista de género. Como señala un activista del Comité:

“Es que, realmente, la pelea del Centro de Adultos y la pelea del parque son la misma, la gente son las mismas, y la misma visión... Y fíjate lo que son los Centros de Adultos. Son Centros de *Adultas*. Porque prácticamente los que acuden a los Centros de Adultos, en un 80 y tantos por ciento son mujeres. Son espacios de encuentro de las mujeres en el barrio” (JC, ex vecino y activista del Comité Pro Parque)

Sin embargo, la persistencia del fracaso escolar en la zona motivó que se tuviera que dar otro salto cualitativo. Como señala un vecino:

“...Todo esto va en un proceso de maduración, porque realmente no es que nosotros sepamos qué teníamos que hacer, todo esto es un descubrimiento que, progresivamente, lo vamos teniendo. Entonces, después del Centro de Adultos nos dimos cuenta de que seguía el fracaso escolar, y seguían jóvenes en la calle descolgados del proceso educativo y sin horizonte ninguno. Entonces, la idea fundamental que estuvimos discutiendo partía de que el proceso

educativo de una persona en un barrio, hay tres elementos que configuran la educación de una persona: la escuela, la familia y el entorno.... (y) el entorno sigue siendo insuficiente, porque también se convierte en un espacio educativo en diferentes direcciones, para que tú caigas más todavía en la fosa y te margines socialmente, o que te permita evolucionar. Entonces el tema del parque parte del principio de crear un espacio educativo en el barrio” (ML, activista y fundador del Comité Pro Parque).

Por tanto, se han sentado las bases materiales e ideológicas para la creación del Parque Miraflores. Como se ha visto, su lucha se enmarca en la reivindicación, por parte de un grupo de vecinos de un barrio (concretamente Pino Montano) por conseguir un espacio educativo que mejorara la calidad formativa de los niños y jóvenes del barrio.

7. El Comité Pro Parque Educativo Miraflores como “vanguardia”

El Comité no se constituye como tal hasta 1983, cuando es un pequeño núcleo de educadores del barrio de Pino Montano de Sevilla en permanente contacto con algunos vecinos y con el Colectivo Andaluz de Pedagogía Popular. Como señala uno de los fundadores del Comité:

“A partir de ese Seminario comenzamos a ver el Distrito Macarena de otra forma. Cómo se había formado, de dónde procedían los vecinos, quién vivía antes de construirse, cuál era su historia, su patrimonio, etc. Es a partir de ese Seminario cuando comienza a descorsarse el velo que lo tenía todo oculto. Los barrios se habían ido construyendo con la destrucción de todas las señas de identidad del territorio sobre el que se asentaban... El único lugar que quedaba del Distrito sin construir era un terreno destinado a parque, el Parque Norte desde el PGOU de 1963, y otro frente a Pino Montano, espacio que recorría el arroyo Tagarete y que podía convertirse en parque” (Comunidad General de Propietarios de Pino Montano, 2001).

A partir de ese momento ese grupo de investigadores y educadores realiza un estudio acerca de los barrios de la zona de influencia del no construido Parque Norte, haciendo especial hincapié en las necesidades de los vecinos, sus señas de identidad y su patrimonio natural e histórico. Este trabajo fue presentado en diversos ámbitos, intentando que los vecinos y vecinas conociesen su territorio, para provocar la participación, su apropiación, interpretación y rehabilitación. Como comenta uno de los impulsores del Comité Pro Parque:

“Estos son barrios nuevos y que todavía no ha podido crear historia. Partíamos de ese hecho, sabíamos dónde veníamos pero no donde estábamos. Cuando ponemos en marcha el tema del parque, le decimos al Ayuntamiento que se construya pero con un criterio participativo, que los vecinos participen en su diseño. Cogemos y hacemos reportajes con diapositivas y lo vamos proyectando por los barrios del entorno para decirle a la gente que aquí hay un parque importante. Hicimos un inventario de todo lo que tenía la zona esta de parque, que estaba la zona del psiquiátrico, la Hacienda Miraflores, la Albarrana... e hicimos una prospección y vimos que había restos romanos” (ML, vecino, fundador y activista del Comité Pro Parque).

A partir del estudio y el análisis de los territorios se detectó que el problema fundamental era conseguir un espacio que a la vez fuese eficaz desde el punto de vista educativo, pero también que pudiese ocuparse y apropiarse, y formar parte de la identidad social urbana. Es decir, un lugar que se constituyese como espacio simbólico, que facilitase la interacción social y los procesos de identificación endogrupal (Valera, 1994). En definitiva, no se pretendía la mera construcción de un parque, sino la consolidación de un grupo a partir de un espacio que supusiera su referente, un lugar fundamentalmente educativo y participativo.

En este sentido, era fundamental que los vecinos de los barrios reaccionaran ante un espacio vacío simbólicamente, carente de significados, y que representaba el abandono del que estos vecinos eran víctimas. La escombrera que era el Parque Norte (y a partir de aquí Parque Miraflores) era el reflejo del desdén y el menosprecio que las autoridades municipales sentían por los vecinos de aquella zona de Sevilla. Y era fundamental la transformación de ese espacio inservible en un lugar de referencia en la imagen mental de los vecinos. Como señala uno de los impulsores del Comité Pro Parque:

“...lo que empieza a ser primer una reivindicación primaria, la construcción de un parque, de 80 hectáreas, en una zona con un modelo de construcción de viviendas, pero el propio camino nos indica que la reivindicación va tomando otro cariz, empezamos a plantear que no estamos muy de acuerdo en cómo está evolucionando urbanísticamente el Distrito Macarena. Está haciendo desaparecer todas las señas de identidad de allí. Esto puede ser un barrio neoyorquino. La zona de la Macarena se ha caracterizado por ser una zona de huertas, esto está desapareciendo, no hay ningún elemento que permita recuperar ese valor que ha definido este territorio y le ha dado su personalidad” (CC, vecino y activista del Comité Pro Parque).

Así, durante esta etapa, que llega aproximadamente hasta 1987, los vecinos se movilizaron con el objetivo de recuperar los planos urbanos de la zona y mostrar que sobre las tierras cubiertas de escombros estaba prevista la construcción de un parque. Paralelamente se fueron descubriendo nuevas capacidades en el futuro parque ante la evidencia de los importantes vestigios arqueológicos en la zona.

Como señala uno de los impulsores de las luchas por el parque:

“El tema es el siguiente. Si nosotros vemos que todo el edificio se ha quedado desestructurado, la construcción de la recuperación de esa estructuración forma parte de un proceso educativo, donde si los vecinos intervienen, se enriquecen y se identifican con su zona...No es que de un principio hubiéramos pensado eso, porque entre otras cosas, habíamos empezado un proyecto que no sabíamos cómo se construía. Lo que intentábamos era recuperar ese espacio y recuperar las señas de identidad de ese espacio con la participación y con las propuestas que nos hicieran los vecinos” (ML, vecino, fundador y activista del Comité Pro Parque).

8. El Comité Pro Parque como movimiento social

El Comité Pro Parque se legalizó como asociación en 1987, coincidiendo con su transformación en movimiento social de masas. Tras la incorporación al Comité de madres de las AMPA y un importante núcleo de jóvenes, éste se convierte en movimiento social. Con un funcionamiento asambleario, sus actuaciones movilizan a cientos de vecinos de los barrios. Según la mayor parte de las personas entrevistadas, uno de los éxitos del Comité fue el haber conjugado las dos tradiciones asociativas más importantes que existían en esos momentos en los barrios en cuestión.

Todos los entrevistados coinciden en que fue una etapa de verdadera creatividad, provocada, precisamente, por la mixtura de formas de hacer política diferentes, y en donde los vecinos de todos los barrios colaboraron para construir un modelo de parque que llenara de significado y sentido a sus vidas, forjando un verdadero sentimiento de identificación con sus barrios y con la vida que llevaban.

Sin embargo, ese funcionamiento asambleario y creativo no anuló algunas de las consecuencias de aquellos procesos sociales por los cuales hombres y mujeres cumplen roles y papeles diferentes dentro de las organizaciones. De forma más o menos reconocida, muchos entrevistados han expresado esta idea. Por ejemplo, una vecina de uno de los barrios colindantes al parque, cuando señala que:

“...yo creo que los hombres se movían más a nivel político, en el mundo del poder, podríamos decir, y las mujeres más en el mundo más cotidiano, de crear, hacer cosas, construir. Ellos se movían más en el mundo de las ideas, de las reflexiones, de las decisiones, y nosotras más en el mundo más cotidiano, vamos a salir, vamos a juntarnos, vamos a limpiar, etc., pero realmente desde el momento en que eso empezó a crearse” (J, activista del Comité Pro Parque).

Así, el Comité fue configurando una estructura en donde, si bien se trabajaba de modo asambleario, las mujeres comenzaron a constituir el “ejército” y los hombres los cuadros, repitiendo, aunque más veladamente, el modelo asociativo tradicional. Incluso cuando, en ese momento, para las mujeres, más en contacto con los problemas cotidianos, la realidad de los barrios era más profundamente sentida. Esto genera cierto sentimiento de confusión. Así lo señala una vecina:

“...las mujeres sienten más las necesidades de las cosas que faltan dentro del barrio que el hombre. Cuando tiene que llevar un niño al médico no es igual si lo tiene llevar aquí o si se tiene que tomar un autobús. Los hombres sí se daban cuenta de esas necesidades, claro está, pero a la hora de movernos éramos nosotras las que a lo mejor hacíamos esas reivindicaciones, porque nos dábamos más cuenta de las necesidades. Era un movimiento que empezaban los hombres y que nosotras éramos las que dábamos la batalla. Ellos organizaban y nosotras dábamos la batalla” (MLM, vecina de Pino Montano).

En todo caso, el Comité siempre promovió una gran participación de las mujeres que provenían tanto de las AMPA como de las asociaciones de San Diego, y la impronta “femenina” de sus proyectos es una consecuencia clara de ello.

9. El Comité Pro Parque Educativo como gestor de un patrimonio

A partir de la construcción de la autovía SE30, que divide el parque en dos, el Comité se debilita pero en seguida resurge, provocado en parte por el cambio en el equipo municipal y un sentimiento de rebeldía que supuso todo aquel proceso. Es, además, durante los primeros años 90, cuando se dan inicio y se consolidan los proyectos que definen, a su modo, el Parque Miraflores.

Aunque para Carmona (2004) comienza una fase “gestionista”, también se suceden reivindicaciones y movilizaciones, aunque no con tanta frecuencia como en años anteriores. Pero para la mayor parte de los miembros del Comité, esta fase ha supuesto el desarrollo de una serie de habilidades pero también la paulatina desaparición del Comité como movimiento social y su transformación en asociación que gestiona un patrimonio. Así, durante esta etapa surgen y comienzan a funcionar los tres proyectos que el Comité ha puesto en pie: los huertos escolares, los huertos de ocio, y la Escuela Taller, que serán analizados más adelante. Para la gestión de este último, se realiza conjuntamente con el Ayuntamiento. La articulación entre el Comité y el Consistorio es compleja, pues las personas que trabajan, tanto en los huertos como en la Escuela Taller, están contratadas por el Ayuntamiento, pero pertenecen al Comité. Sin embargo, se añoran las reuniones multitudinarias y la actitud reivindicativa perdida, pero se acepta que...

“...eso es una inercia de los movimientos sociales. Algo natural. Son fases que van dejando cositas, pero la ola no puede estar siempre arriba. Y cambia la gente, cambian los tiempos muchísimo” (CC, activista del Comité y trabajadora de la Escuela Taller Miraflores).

La “muerte” del Comité como movimiento social, que ocurre gracias al “desgraciado fenómeno de la gestión”, provoca una reflexión que tiene que ver con que la asociación se ha quedado sin el recambio suficiente para continuar trabajando. También algunos conflictos internos fueron desgastando la asociación. Se han derrochado demasiadas energías en la administración de los proyectos que se han conseguido. Se ha “muerto de éxito”. Este sentimiento tiene que ver con el deseo de recuperar el impulso reivindicativo con las personas que actualmente componen el Comité.

10. Los proyectos del parque

Existen tres proyectos fundamentales que tienen como epicentro el Parque Miraflores: la escuela taller, el programa de huertos escolares, y los huertos de ocio.

La Escuela Taller es un proyecto de formación ocupacional dirigido a jóvenes parados del Distrito. Funciona desde 1992-1993. Al principio fue Casa de Oficios, y colaboró en la restauración del patrimonio natural y artístico ligado al parque. Desde 1995 se puso en marcha la Escuela Taller con capacidad para cuarenta alumnos. Actualmente la Escuela va por su sexto bienio, y se calcula que ha formado a unos 250 jóvenes de los barrios colindantes al parque. Su significado simbólico, más allá de la mera formación en competencias formales y sociales, es lo que más puede llamar la atención, y se traduce en la especial relación que se establece entre los jóvenes, el barrio y su parque: su existencia facilita los procesos de sostenibilidad en sentido amplio. Existe una diferencia entre los jóvenes que han pasado por la Escuela Taller y aquellos que no han experimentado esa especie de catarsis que se produce al conocer la historia del Parque y de sus barrios colindantes. Según una trabajadora de la Escuela Taller:

“...la relación (de los alumnos de la Escuela Taller) con su barrio mejora mucho porque la gente ya los ve de otra manera. Se piensa, “bueno, este ya está en la Escuela Taller, este va a salir”, es un reducto pequeño pero le está dando mucha vida a estos barrios... Nosotros que trabajamos con los jóvenes y ya vienen con otro rollo. El parque ya no lo ven como algo propio, y deben pasar por el proceso de la Escuela Taller para verlo como propio. Además ellos no saben lo que allí hay y también hay mucho desconocimiento, en general, en los barrios, de lo que allí hay. Es muy difícil para la gente ver las cosas entre la maraña distinguir los recursos y el trabajo de haber puesto en marcha todo eso. Pero la gente se flipa” (CC, activista del Comité y trabajadora de la Escuela Taller Miraflores).

Pero el mejor ejemplo de esta lucha, muchas veces subterránea, como se ha visto, de las mujeres del barrio a través del Comité Pro Parque, es el establecimiento de los Programa de Huertos (huertos escolares y de ocio) iniciados en 1991 con la intención de recuperar la tradición agrícola de esa zona de la ciudad, combinándolo con un proyecto de educación ambiental dirigido a niños, jóvenes y adultos. Los dos proyectos son fruto de la iniciativa de algunas de las mujeres que participaban en las asambleas del Comité, a principios de la década de 1990. Es un ejemplo muy interesante de cómo puede practicarse, desde lo urbano, la sostenibilidad, a la vez que englobando a la vez lo afectivo y relacional, desde la participación femenina⁴.

Los huertos escolares consisten en la existencia de seis parcelas de 100 m² cada una en donde trabajan grupos de 15 niños de quinto y sexto de primaria de los colegios de los barrios colindantes, por un período de tiempo determinado acudiendo dos días a la semana, a través de los que se pretende una formación ambiental integral en los escolares.

⁴ Para Martínez Alier (2003), la participación femenina en las luchas ecológicas tienen sentido en el marco del ecologismo de los pobres. Aquí se añade que, a través de esa lucha por la sostenibilidad, se recupera una identidad, enraizada en la experiencia de las mujeres. En este sentido, creemos que sí existe una relación específica entre mujeres y lo ecológico entendido en sentido amplio, y es en el ámbito urbano en donde esta relación se pone más de manifiesto.

La experiencia es innovadora en relación con el ciclo formativo formal de sus instituciones educativas. Esta concepción de lo educativo como algo abierto, flexible, que se nutre de elementos del entorno y de la calle y que no debe circunscribirse exclusivamente al edificio escolar, parte de aquella idea esbozada anteriormente de que la educación debe comprender tanto la familia, como la escuela y el medio ambiente. En este sentido, la educación reglada no puede cubrir todos los aspectos educativos de los niños, por lo que debe trascenderse la limitación que supone “encerrar” al niño en el aula con sus compañeros y su maestra para aprender un guión no escrito para él sino ante el cual el niño debe adaptarse.

El programa de huertos de ocio tiene como destinatarios a la población adulta de los barrios, en buena parte hombres y de procedencia rural. Se trata de ofrecer un modo de ocupación alternativa a su tiempo libre. Existe más de un centenar parcelas de 150 m² cada una, cuyo producto obtenido se destina al consumo familiar. Los objetivos del programa son, fundamentalmente, promover el conocimiento y la recuperación de las señas de identidad histórico-agrícolas de los vecinos, la agricultura biológica y el desarrollo del sentido cooperativista mediante el trabajo colectivo y solidario. Los hortelanos, personas individuales o asociaciones, pueden cultivar de forma gratuita lo que deseen siempre que sea de forma biológica y destinando los productos al consumo personal.

Su participación viene determinada por el atractivo de la producción agrícola destinada al consumo familiar y todo el proceso de obtención que ello conlleva. La figura del usuario típico de un parque se convierte en este caso en un hortelano urbano que disfruta de su tiempo libre cultivando una pequeña parcela y al mismo tiempo participa activamente en la creación del parque.

Según algunos miembros del Comité consultados, la experiencia de usufructuar una parcela en el parque por parte de los hortelanos se constituye en un elemento que conforma su identidad, dando sentido a sus actos. Pero además, el parque se convierte en un espacio que todos aquellos que viven en los barrios colindantes sienten como propio. El programa de huertos, por tanto, satisface tanto el objetivo pedagógico-ambiental para los jóvenes (diferente de la relación que se establece a través de la Escuela Taller, por ejemplo, de corte más productivo e individualista), el establecimiento de un espacio de encuentro en el marco del respeto por la Naturaleza y el entorno urbano, y la generación de nuevas señas identitarias que trascienden la ecología “de los grandes números”. Según una trabajadora de la Escuela Taller y activista del Comité:

“Para mucha gente, sobre todo los mayores, es volver a la tierra, recuperar sus tradiciones, lo que han vivido cuando pequeños, es una cosa “acojonante”. Hacer historias de vida con hortelanos sería precioso. Para los niños de los barrios, es su único contacto con la Naturaleza, que es cada vez más importante, para salir de toda esa violencia y agresividad premeditada. Para la gente de Sevilla significa un *boom*, el parque es un modelo a seguir en muchos barrios, y se está intentando multiplicar esa historia. Y para los chavales, el barrio se convierte en un espacio para ellos. Nosotros tenemos a los constructores y a los destructores de los árboles y

bancos y eso, que luego se ponen a arreglar las cosas, los mismos” (CC, activista del Comité y trabajadora de la Escuela Taller Miraflores).

11. La actualidad del parque como elemento simbólico del espacio urbano: usos y significados

El Parque Miraflores es un espacio cargado de significado, es decir, un lugar transfuncional (irreductible a sus funciones), un espacio puente o intermedio. Desde esta complejidad de usos y funciones, el análisis de su contribución a la sostenibilidad se ha diferenciado en: su sostenibilidad como espacio desde el punto de vista de la economía ecológica; y su significado simbólico.

Por una parte, y desde el punto de vista de la economía ecológica, el parque es un espacio sostenible por tres motivos. En primer lugar, porque es un espacio que contribuye a paliar la huella ecológica de la ciudad, mejorando la calidad de su aire y paliando los efectos negativos que la isla de calor sevillana ejerce sobre sus territorios circundantes. En segundo lugar, la importancia del parque radica en que es un espacio en donde se desarrollan actividades sostenibles, fundamentalmente, los procesos de educación ambiental y de agricultura ecológica, recuperación de semillas, conservación de la biodiversidad, etc. En tercer lugar, el parque es un espacio nequentrópico, que contribuye a la complejidad de la ciudad, tanto por ser encrucijada de afectividad e intercambio de información, y por ser un espacio verde de múltiples usos.

Por otra parte, y como se ha podido comprobar, el espacio Parque Miraflores, tras una larga lucha de los vecinos canalizada a través del Comité Pro Parque, ha podido devenir en lugar, es decir, en un espacio cargado de significados y de sensibilidades. En este sentido, el Parque Miraflores ha pasado a ser un espacio simbólico entiendo como tal:

“...aquel elemento de una determinada estructura urbana, entendida como una categoría social que identifica a un determinado grupo asociado a este entorno, capaz de simbolizar alguna o algunas de las dimensiones relevantes de esta categoría, y que permite a los individuos que configuran el grupo percibirse como iguales en tanto en cuanto se identifican con este espacio así como diferentes de los otros grupos en base al propio espacio o a las dimensiones categoriales simbolizadas por éste” (Valera, 1994).

Para ello, el parque ha constituido un símbolo de la identidad de un gran grupo de habitantes de la zona norte de Sevilla, sentido como representativo de los procesos sociales que han generado sobre la base de esa identificación. En primer lugar el abandono, en segundo lugar la reacción, la lucha y la apropiación de un espacio a través de la participación. Como se ha visto, no se trata de un mero parque, pues sus elementos funcionales (sus proyectos) y simbólicos, lo definen como una encrucijada de emociones de mucha intensidad (de mucha “imaginabilidad”, en palabras de Lynch) y un elemento que configura sus propias vidas.

De esta manera, el Parque Miraflores ha desarrollado la función de cohesión o de integración simbólica de los vecinos de sus barrios de influencia, consolidando de este modo su identidad social urbana como grupo. Y así, ha contribuido a hacer de esos barrios algo que da sentido a las vidas de sus habitantes, y por lo que vale la pena luchar. Si bien sus significados atribuidos son distintos, y no sólo por el género: el parque no significa lo mismo para un hortelano, para un vecino, para un joven perteneciente a la Escuela Taller, para un niño, o para una mujer desempleada, pero para todos es un objeto que, de un modo u otro, ha marcado o marca sus vidas, en mayor o menor medida. Sin embargo, los habitantes de la zona mantienen una trama común de ideas, sensaciones y emociones asociadas al parque, a través, sobre todo, de los procesos de apropiación. Este significado es lo que ha llevado a los vecinos a reforzar sus lazos, y a querer más a su barrio. Por tanto, ha desarrollado procesos orientados hacia la sostenibilidad.

Así, el parque ha cambiado la relación de los vecinos con sus barrios. Como señala uno de los impulsores del Comité, en el caso de los hortelanos, este cambio ha sido fundamental:

“Ha habido un cambio muy importante. Sobre todo a los hortelanos, que les ha cambiado la vida, pero totalmente, un impacto total. Un señor, donde la sociedad le tiene previsto para su jubilación un centro de salud o un hogar de la tercera edad, y allí va a jugar a las cartas y tomar copas y nada más, aquí lo que hacemos es ofrecerle un ámbito natural donde se puedan relacionar. Ese jubilado tiene un marco natural donde, primero, relacionarse con la naturaleza, hacer ejercicio, pero no de correr para bajar un poco el peso, no va por ahí, va en el sentido de que les cambia la vida a muchas personas... Cambia eso, cambian las relaciones sociales, hablan entre ellos, la persona que estaba en su casa condenado al televisor, y se siente útil, porque produce” (ML, vecino, fundador y activista del Comité Pro Parque).

En este sentido, los programas relacionados con los huertos (escolares y de ocio) simbolizan muy bien el tipo de relación que mantienen las mujeres con el parque, donde prima lo afectivo, lo colectivo, el cuidado del medio y del entorno, lo pedagógico, lo no reglado, etc. En el parque, ellas siguen siendo madres, esposas, hijas, abuelas, etc., aunque también mujeres, cuando van a la Casa de las Moreras (sede del Programa) y se relacionan con otras mujeres. En cambio, el proyecto de Escuela Taller bien puede simbolizar el tipo de relación masculina con el parque, en donde intervienen otro tipo de elementos y se asocian otra clase de ideas: lo laboral, lo formal, lo monetario, lo “productivo”, lo individual, etc. En el parque los hombres continúan siendo hombres (o en todo caso amigos), pero rara vez asumen una responsabilidad que no sea la de su interés individual, cuando directamente su disfrute personal. En este sentido, para las mujeres el parque tiene asociadas unas ideas en donde lo colectivo tiene mayor peso, y en cambio, para el hombre, el parque sigue siendo un espacio para el desarrollo de su individualidad. En esta distinción es en donde la cuestión de la sostenibilidad, como ámbito colectivo de supervivencia, cobra todo su sentido, y es en donde el aporte diferencial de las mujeres aparece con mayor claridad.

Por último, un cambio menos evidente a simple vista es el de aquellas personas cuyas vidas se han visto modificadas por la participación, la militancia y la lucha por mejorar las condiciones de sus barrios, en definitiva, por darle un sentido a sus vidas. Este proceso vivencial intransferible, fue vivido, sobre todo, por numerosas mujeres que se integraron, al principio, en la lucha de las AMPA por mejorar la calidad educativa de sus hijos, lo que dio a sus vidas nuevos objetivos, que en muchas ocasiones colisionaron con aquellos para los cuales habían sido educadas. Así lo explica una vecina de los barrios colindantes al parque, y ex trabajadora de los huertos, preguntada acerca del cambio en las vidas personales de aquellas mujeres:

“De hecho cambia la vida personal de muchas de ellas a raíz de la participación en este proceso. De repente empiezan a sentirse importantes, a crear cosas, es curioso porque se separan, cambian su vida radicalmente... Hay un avance personal de ellas y la pareja muchas veces no responde a esa “película”, y se separan. Es un proceso fuerte” (J, vecina y activista del Comité Pro Parque).

En este sentido, ese cambio personal ha marcado a todos aquellos que han participado en la apropiación del Parque Miraflores. La lucha estuvo motivada, en gran medida, por un deseo simultáneo de realización personal y colectiva, y es allí, en esa dimensión colectiva, en donde el término “sostenibilidad” es fundamental. Una sostenibilidad ligada tanto a los procesos físicos como sociales y simbólicos. En este sentido se trata de...

“...gente que piensa y le da vueltas a que si no se transforman las personas, si no crecen las personas, en el barrio a lo mejor vamos a tener mejores aceras pero que la vida de la gente no se va a cambiar porque hay otros temas que no cambian... La gente se cansará o no se cansará, pero realmente todos nos hemos transformado a partir de ese descubrimiento, que es el fundamental que se da junto con que eso se hace para las personas” (JC, miembro del Comité Pro Parque).

12. Conclusiones

La ciudad es un universo complejo y la cuestión de su sostenibilidad tiene tres aristas fundamentales: la física, la social y la identitaria. La propuesta aquí descrita señala que es imposible abordar cualquier política de mínimos en referencia a su sostenibilidad sin partir de este hecho. El redescubrimiento de las comunidades, como se ha visto ilustrado a través del estudio del caso del Parque Miraflores, ha servido para luchar contra la “mala fama urbana”, en buena medida, pero no sólo, debido a la visibilización del trabajo de las mujeres en sus entornos cotidianos.

Seguimos pensando que falta una visión totalizante acerca de la sostenibilidad tal y como se entiende desde la economía ecológica, que complemente aquella, se enraice y tome cuerpo en las historias y experiencias de interacción social cotidiana de los ciudadanos. Así, la comprensión de los procesos de identificación social urbana será clave para entender por qué

se ha generado la actual insostenibilidad, en sentido amplio, de los fenómenos urbanos y conocer cuáles son los modos más eficaces de paliarlos.

7. Bibliografía

Aguilera Klink, F. (1996): *La economía ecológica como un sistema diferente de conocimiento*, <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n8/afagu2.html>, enero de 2007.

Alguacil Gómez, J. (2000): *Calidad de vida y modelo de ciudad*, <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n15/ajalg.html>, noviembre de 2006.

Alonso, M. (2004): *Las mujeres nos movemos en zigzag por la ciudad: entrevista a Martha Alonso Vidal, arquitecta*, <http://www.generourban.org/noticias/ClarínMAV.doc>, enero de 2007.

Brú, J. (1996): *Las movilizaciones medioambientales desde una perspectiva de género: tres casos de estudio en Catalunya, País Vasco y Andalucía*, *Mientras Tanto* 65, pp.61-82.

Brú, J. (1997): *Medio ambiente: poder y espectáculo*, Icaria, Barcelona.

Carmona, J. (2004): *Del dicho al hecho... ¿hemos andado ese trecho? Veinte años de lucha ciudadana por el Parque Miraflores*, incluido en *Democracias participativas e intervención social comunitaria desde Andalucía*. ACSUR-Atrapasueños-Universidad Pablo de Olavide-Junta de Andalucía, Sevilla.

Canclini, N. (1996): *Público-privado: la ciudad desdibujada*, *Revista Alteridades* 6, pp-5-10.

Cano, A. (2005): *Economía y sostenibilidad de las grandes aglomeraciones urbanas: aproximación al cálculo de la huella ecológica de Sevilla*, Sevilla Global, Sevilla.

Caraballo, R. (1999): *Construyendo nuestro barrio: San Diego*, Universidad de Sevilla, Sevilla.

Carmona, J. (2004), Caraballo, R.: *Queríamos cambiar el barrio y sólo nos hablaban de inversiones*, *Documentación Social* 133, pp. 170-191.

Cembranos Díaz, F. (1993): *Bienestar, ecología y participación social*, <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n3/afcem.html>, noviembre de 2006.

Comunidad General de Propietarios y Residentes de Pino Montano (2001): *Pino Montano: ecos del pasado y desarrollo creciente. XXV Aniversario de la Comunidad General de Propietarios y Residentes de Pino Montano*, Sevilla.

Corraliza, J.A. (2000): *Vida urbana y experiencia social. Discusión sobre la calidad de los espacios urbanos*. <http://habitat.aq.upm.es/bv/agbd11.html>, diciembre de 2006.

Cruces, F. (2007): *Símbolos en la ciudad. Lecturas de antropología urbana*, UNED, Madrid.

Cucó Giner, J. (2004): *Antropología urbana*, Ariel, Barcelona.

Fernández Durán, R. (1996): *La explosión del desorden: la metrópoli como espacio de la crisis global*, Fundamentos, Madrid.

Fox Keller, E. (1991): *Reflexiones sobre ciencia y género*, Alfons en Magnanim, Valencia.

Hannerz, U. (1998): *Conexiones transnacionales: cultura, gente, lugares*, Cátedra, Madrid.

Hernández Aja, A. (2002): *La participación ciudadana en la intervención urbana*, <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n34/anmor.html>, diciembre de 2006.

Jiménez-Domínguez, B. y López Aguilar, R. (2000): *La relación necesaria entre identidad urbana y sostenibilidad posible*, Revista Universidad de Guadalajara 19, pp. 54-60.

Laraña, E. (1999): *La construcción de los movimientos sociales*, Alianza, Madrid.

Lefebvre, H. (1971): *De lo rural a lo urbano*, Península, Barcelona.

Martínez Alier, J. (2003): *¿Ecologismo feminista?*, <http://www.laneta.apc.org/cgi-bin/WebX?230@132.Ewdva7e3FkT^0@.ee72c00>, enero de 2007.

Martínez López, M. (2006): *La participación social en el urbanismo, en los límites de la realidad*, <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n34/ammr.html>, diciembre de 2006.

Massolo, A. (2002): *El espacio local. Oportunidades y desafíos para el empoderamiento de las mujeres. Una visión latinoamericana*, Comunicación presentada para las Jornadas sobre Género y Desarrollo, Vitoria-Gasteiz.

McDowell, L. (2000): *Género, identidad y lugar*, Cátedra, Madrid.

Melucci, A. (1994): *Asumir un compromiso: identidad y movimientos sociales*, Zona Abierta 69, pp. 153-180.

- Naredo, J.M. (2000): *Ciudades y crisis de civilización*, Documentación Social 119, pp.13-37.
- Naredo, J.M. (2002): *Instrumentos para paliar la insostenibilidad de los sistemas urbanos*, <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n24/ajnar.html>, enero de 2008.
- Naredo, J.M. (2004): *Economía en evolución: historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Siglo XXI, Madrid.
- Proshansky, H. (1983): *Psicología ambiental: el hombre y su entorno físico*, Trillas, México.
- Revilla, M. (1994): *El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido*, Zona Abierta 69, pp. 181-213.
- Riechman, J. (1996): *Redes que dan libertad: introducción a los nuevos movimientos sociales*, Paidós Ibérica, Barcelona.
- Rodríguez, E. (2003): *Ecología de la metrópolis. Algunas notas para un programa de investigación*, Archipiélago 62.
- Román, M. (2006): *Entornos y necesidades: cartografía de un sistema en evolución*, incluido en *Urbanisme y gènere: una visió necessària per a tothom*, Diputación de Barcelona, Barcelona.
- Rueda, S. (2003): Modelos de ordenación urbana más sostenibles, <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n32/asrue.html>, enero de 2008.
- Sabaté, A. (1995): *Mujeres, espacio y sociedad*, Síntesis, Madrid.
- Valera, S. (1997): *Estudio de la relación entre el espacio simbólico urbano y los procesos de identidad social*, Revista de Psicología Social 12, pp.17-30.
- Vázquez, J. A. (1996): *Parque Miraflores: una iniciativa popular*, <http://habitat.aq.upm.es/bpes/ceh2/bpes37.html>, diciembre de 2006.
- Vázquez Espí, M. (1998): Ciudades sostenibles, <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n8/amvaz.html>, enero de 2008.
- Vega, P. (1996): *Las mujeres de la calle y la calle de las mujeres. La conquista de la calle*, <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n7/apveg.html>, diciembre de 2006.

Verdaguer, C. (2002): *Por un urbanismo de los ciudadanos*, <http://habitat.aq.upm.es/select-sost/ad1.html>, noviembre de 2006.

Vianello, M. y Camarazza, E. (2002): *Género, espacio y poder*, Cátedra, Madrid.

Villasante, T. (1997): *Participación e integración social*, <http://habitat.aq.upm.es/cs/p3/a016.html>, octubre de 2006.

V.V.A.A. (1997): *Programa Huerta las Moreras en el Parque Miraflores (Sevilla)*, <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n1/amiraflo.html>, diciembre 2006.

Wellman, B. (1999): *Networks in the global village*, Westview Press, Boulder.

